

OCIO Y PROSPECCION

AGUSTÍN ESCOLANO

1. UTOPIÁS Y REALIDADES.

Aparece en los contemporáneos estudios sociológicos, con reiterada frecuencia, el síntoma, profético y optimista, de la creciente liberación de los imperativos vitales del hombre y el consiguiente incremento del tiempo libre. La automatización creada por nuestra civilización tecnológica, junto con su compleja problemática, revierte en la vida humana de una manera positiva al permitir al hombre cada vez mayor franquía. No han faltado utopías geniales, como las de Wells o Huxley, que intentan describir el futuro que se desprende de nuestra civilización industrial como la «era de los ocios», donde el hombre se habrá liberado, en buena medida, de su condena paradisiaca.

Pero estas prognosis, imaginarias y poéticas, con análisis frecuentemente penetrantes, sólo tienen de positivo el poner de relieve la singularidad de esta realidad contemporánea. Sin embargo, no examinan su complejidad real y fenoménica, las simplifican y deforman, traducen el mito del trabajador en el mito lúdico.

El ocio es una realidad compleja y fundamentalmente ambigua, integrada por muchos y contradictorios factores. Es preciso que evitemos las síntesis prematuras y miremos las situaciones concretas antes de construir fáciles filosofías. «Las puertas del futuro—dice el profesor Yela¹—son siempre ambiguas. En la cultura, como en la vida del hombre, cada día tiene que ser inventado de nuevo. No, claro está, de la nada, sino desde el pasado

¹ M. YELA GRANIZO: «El ocio y el hombre», en *Revista*, pág. 7; Madrid, 1964.

que alienta cada presente.» «Es verdad—continúa—que estamos a las puertas de una cultura de ocios, porque el hombre puede ser cada vez menos esclavo de sus necesidades y liberar para su vida personal y comunitaria parcelas más amplias del tiempo disponible. Pero a esta posibilidad acompaña un riesgo: que el tiempo liberado por la técnica sea como un campo estéril que abrume de tedio o de frenética disipación al hombre.» Junto a la máxima potencialidad que polariza la existencia hacia su humanización y cualificación, corre parejo el fatum del nihilismo humano, su propia aniquilación: miseria y esplendor de nuestra civilización.

Es necesario pasar revista a este fenómeno de la automatización, porque se ha convertido en una realidad que infunde cierto temor. Unos temen que pueda aportarnos demasiado ocio y otros que dé como resultado una considerable proporción de desempleo laboral.

2. ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO DEL PROBLEMA.

Ortega reflexionó con sutil agudeza sobre este hecho primario de la vida humana. La técnica es—apunta—el esfuerzo realizado para ahorrar esfuerzo, lo que el hombre hace para evitar que los quehaceres por la circunstancia nos opriman: un esfuerzo menor que evita otro mayor. Pero no se entiende bien el sentido de la técnica si nos conformamos con decir que ahorra esfuerzo y no nos preguntamos por el empleo de esa energía vacante, ya que si la vida humana es esencialmente quehacer, es por lo mismo incompatible con el ocio inoperante, «porque el hombre tiene una tarea muy distinta que la del animal, una tarea extranatural; no puede dedicar sus energías, como aquél, a satisfacer sus necesidades elementales, sino que, desde luego, tiene que ahorrarlas en ese orden para poder vacar con ellas a la improbable faena de realizar su ser en el mundo. He aquí por qué el hombre empieza cuando empieza la técnica. La holgura, menor o mayor, que ésta le abre en su naturaleza, es el alvéolo donde puede alojar su excéntrico ser»².

Por ello, el sentido de la técnica está fuera de ella: en el empleo que da el hombre a sus energías vacantes, es decir, en la humanización de los ocios.

Aunque el sentido de la técnica, la primitiva y la automática, es la liberación humana de los quehaceres laborales y la genera-

² J. ORTEGA Y GASSET: «Meditación de la técnica» (obras completas), tomo V, en *Revista de Occidente*, pág. 342; Madrid, 1957.

ción del tiempo libre, algunos pensadores han notado que el ocio es un producto exclusivo de la civilización industrial. Salz³ observó que la idea de ocio no existe en los indios ecuatorianos, por lo que su jornada es una mezcla de trabajo y no trabajo, gratamente combinados. En las culturas poco evolucionadas no hay escisión radical entre la vida industriosa y los tiempos libres; existe cierta ósmosis vital que determina la continuidad y unificación homogénea en las tareas del hombre. Fue precisamente nuestra civilización—señala Anderson⁴—quien produjo la separación entre el ocio y la actividad laboral. Separó:

- a) El lugar del trabajo del hogar.
- b) El trabajador de sus herramientas.
- c) La personalidad del trabajador del trabajo.

Las dos primeras separaciones están consumadas, la última se está produciendo. Mas estos procesos de escisión han sido necesarios para que la revolución industrial se desarrollase, y es esta tercera fase del proceso de liberación del hombre por la automatización la que ha producido el moderno concepto de ocio.

Allen Raymond⁵ señala que el rendimiento máximo del antiguo Egipto no excedía de 150.000 caballos en ocho horas de trabajo, contando con tres millones de habitantes. Los índices de producción de Grecia, Roma y la Edad Media son similares hasta la época de Watt. En cambio, de los nueve millones de veces por los que hemos multiplicado la energía humana, 8.766.000 han tenido lugar en los últimos veinticinco años (escrito en 1939).

La creciente curva del desarrollo industrial va acelerando progresivamente la liberación del hombre y el aumento de su tiempo libre. En tiempos de Marx el trabajo de seis días semanales equivalía a setenta y ocho horas. Hoy—escribe Villerme—se reduce a treinta y cinco. El tiempo libre ha aumentado en mil quinientas horas anuales, constituyendo unas dos mil doscientas horas el tiempo de actividad laboral⁶.

Si, por una parte, se teme que este progreso técnico pueda provocar una situación de paro masivo, por otra, se asegura que determinará una elevación general de la cualificación del trabajo

³ «Salz. The Human Element in Industrialization, A. Hypothetical Case Study of Ecuatorian Indians», en *Economic Development and Cultural Change*, vol. I, núm. 1, parte II; octubre 1955.

⁴ N. ANDERSON: «El ocio», en *Revista de Occidente*, núms. 8 y 9, página 264; Madrid, noviembre diciembre 1963.

⁵ A. RAYMOND: citado por Ortega, *op. cit.*, pág. 374.

⁶ J. DUMAZEDIER: *Vers une civilisation du loisir?*, pág. 19. Editions du Sevil. Paris, 1962.

y la reducción de la jornada laboral, con lo cual aparecen nuevas perspectivas a la orientación y formación profesional en orden a la preparación para los nuevos puestos laborales, y a la pedagogía prospectiva que ha de prevenir el advenimiento de los tiempos libres.

Los sociólogos más retinentes comienzan a admitir que el progreso tecnológico creará más puestos de trabajo que los suprimidos. Una encuesta de la Oficina de Estadística del Trabajo de los Estados Unidos⁷ señala que la proporción de ingenieros y científicos aumentará de un 15 por 100 en 1959 a un 20 por 100 en 1970. Esta demanda se incrementará en un 85 por 100 en la economía privada. Igualmente, Francia prevé un aumento del 50 por 100 de ingenieros hasta 1965. Se puede afirmar que la mano de obra indirecta se incrementará, mientras que la actividad directamente empleada en la producción disminuirá como consecuencia del desarrollo tecnológico y del taylorismo.

3. CONDICIONAMIENTO HISTÓRICO.

Las dos facetas en que la existencia humana se halla comprometida, la actividad industrial y el ocio, la vida adaptativa y la vida deportiva, reciben el impacto del signo de nuestro tiempo: el cambio. Conviene tener en cuenta aquella metafórica observación de Bergson en torno a la aprehensión de lo fenoménico. Siempre que intentamos concebir una realidad presente corremos el riesgo de definir con notas permanentes algo que deviene y cambia, tendiendo sobre esa realidad un puente que la aprisiona en sus estructuras racionales o un túnel que la cruza sin examinar su complejidad real.

El ocio, como cualquier dimensión de la vida humana, se halla vinculado a la categoría temporal en la que el hombre se inscribe. Sería un error ingresar al estudio de la problemática del tiempo libre con los solos presupuestos del contorno sociotécnico que hoy nos invade; ello sería una ruptura con la historia. Por el contrario, aunque las estructuras sociales desaparecen al hilo de la dinámica histórica, sobreviven, sedimentadas en creencias, normas de comportamiento, usos y costumbres, ciertas notas de ellas en las nuevas formas de existencia, que se constituyen en fuerzas

⁷ A. NÚÑEZ SAMPER: «Aspectos sociales de la automatización», en diario *Pueblo*, pág. 3; 30 de marzo de 1963.

centrípetas frente a lo novedoso. Mutación y permanencia son la espuela y la rienda de la historia.

Esta pugna entre la tradición y el centrifugismo del cambio puede provocar una evolución peligrosa o, por el contrario, impedir un progreso necesario. Algunos hablan de arqueocivilización para designar las concepciones de vida anteriores a la civilización industrial. Otros tratan de construir una sociología del ocio atendiendo a los movimientos de regresión polarizados en las ceremonias tradicionales. Pero el desarrollo de una cultura abierta ha hecho posible la desaparición de las costumbres más características en una sociedad tradicional.

Dumazedier⁸ señala cuatro posibilidades de la tradición con respecto al tiempo libre:

1.^a Impedir herméticamente la innovación de las formas de conducta.

2.^a Puede suponer no sólo una regresión, sino también una inadaptación a las nuevas formas de ocio.

3.^a Ofrecer posibilidades de integración con las innovaciones.

4.^a Constituirse en factor equilibrante con relación a la mecanización de los ocios y racionalización del trabajo.

Cuando la utilización de los medios modernos de difusión y esparcimiento en el tiempo libre es guiada por fuerzas consuetudinarias, toman éstas al mismo tiempo una nueva significación. Tal es el caso de las festividades tradicionales que fijan un marco ritual a los ocios actuales, al mismo tiempo que éstos tiñen a la fiesta de un nuevo matiz. Hay aquí una cierta interacción entre lo tradicional, que toma carácter de permanente, y lo actual, que brota como algo integrado históricamente.

4. NECESIDAD DE UNA «PROSPECTIVE».

Hemos analizado los determinantes tradicionales y la situación por la que pasa nuestra civilización tecnológica. Pero el hilo de la historia no se cumple con el examen de lo pretérito y lo actual; de la intersección de ambos brota la posibilidad de conocer el futuro, al menos un porvenir inmediato: el que nace de nosotros y consiste en ser prolongación funcional de nuestro presente. Lo actual lleva impreso un ethos prospectivo en la medida que está posibilitando las estructuras de lo por venir. Porque

⁸ J. DUMAZEDIER, *op. cit.*, págs. 65 y sigs.

«únicamente por virtud de la responsabilidad para el presente —dice Jaspers—podemos ser responsables para el futuro»⁹.

Y es aquí donde hace su aparición esa nueva actitud de la pedagogía que ha dado en llamarse «prospectiva», cuyo objeto es el perfeccionamiento de la realidad presente proyectada en una teleología futurista». Las ciencias del hombre—escribe Dumazедier—no deben encerrarse en las querellas teóricas del siglo pasado; debemos afrontar los problemas de hoy y los de mañana. En el terreno del ocio, fenómeno en expansión, más aún que en otras materias, la investigación debe orientarse prudente, pero decididamente, hacia la previsión, con miras a fundar una prospectiva.» Porque «los educadores—dice el mismo autor—han de responder al problema más difícil de la historia de la educación: la elevación permanente del nivel cultural de todas las clases de la sociedad, en función de las necesidades cada vez más complejas de la evolución y por medio de las actividades más ambiguas, las actividades del ocio»¹⁰.

El padre Teilhard de Chardin¹¹ describe el futuro de la humanidad con unas palabras penetrantes: «Como tierra en la que los ocios siempre crecientes y el interés progresivamente en suspenso hallarán su salida vital en el acto de profundizarlo todo, de ensayarlo todo y de continuarlo todo. Una tierra en la que los telescopios gigantes y los trituradores de átomos van a absorber mucho más oro y van a suscitar más admiración espontánea que todas las bombas y todos los cañones. Una tierra en la que ya no sólo para el ejército agrupado y subvencionado de los investigadores, sino para el hombre de la calle, el problema del día será la conquista de un nuevo secreto o de una nueva potencia arrancados a los corpúsculos, a los astros o a la materia organizada. Una tierra donde, como ya está aconteciendo, se dará la vida para saber y para ser, mucho más que para poseer.»

Ahora que la técnica comienza a ejercer su propia función, como liberadora de las necesidades humanas y generatriz del tiempo libre, es necesario que la pedagogía ejerza su misión preventiva, más o menos hipotética, como toda empresa humana; que posibilite un futuro acorde con las circunstancias que se nos avecinan. Es una tarea que compromete no sólo a los educadores,

⁹ K. JASPERS: «Origen y meta de la historia», en *Revista de Occidente*, pág. 164; Madrid, 1950.

¹⁰ J. DUMAZÉDIER, *op. cit.*, págs. 12 y 284.

¹¹ P. TEILHARD DE CHARDIN: «El fenómeno humano», en *Taurus*, página 334; Madrid, 1963.

sino también a políticos, sociólogos y técnicos, y que se dirige al ocio y a la actividad laboral:

a) En el trabajo, como orientación y preparación profesional para actividades cada vez más cualificadas.

b) En el ocio, como preparación «para» el empleo del tiempo libre.

Si la antigua cultura del ocio estuvo montada sobre el supuesto sociológico de la esclavitud¹² que permitía a «unos pocos» la liberal contemplación, la futura civilización del tiempo libre estará cimentada sobre la base de la automatización y permitirá, junto con los supuestos democráticos de nuestra sociedad, la elevación de las masas a participación universal en los bienes culturales, científicos y estéticos.

¿Está preparado el hombre para afrontar con autenticidad el advenimiento de este tiempo libre? Se ha llegado a hablar de la «amenaza del ocio» en la sociedad moderna. El presidente del Comité Permanente para el Estudio del Tiempo Libre de los Estados Unidos ha dicho: «Tenemos pruebas abundantes de que la gran mayoría de nuestro pueblo, de todas las edades, no está ni emocional ni espiritual o psicológicamente preparado para el tiempo libre»¹³.

No puede conformarse la Pedagogía con la adaptación del sujeto a las necesidades del medio sociocultural en que vive. En un afán de previsión, ha de esforzarse por conseguir una potenciación que traspase el concreto presente y proyecte clara luz sobre el futuro que avanza sobre nosotros. Con plena conciencia histórica, debe dotar al sujeto de una firme «voluntad de auto-vida», para que, perdidos los lazos institucionales y provisto de esta potenciación volitiva de autoformación, pueda enfrentarse, sin duda, con problemas más complejos que los presentes y con las nuevas situaciones en que devenga la dinámica del tiempo.

¹² J. L. LÓPEZ ARANGUREN: «El ocio y la diversión en la ciudad», *La juventud europea y otros ensayos*, Seix, págs. 111-140; Barcelona, 1963.

¹³ A. NÚÑEZ SAMPER, *op. cit.*, pág. 3.